



EL MAR.

¡El mar, el mar! ¡Con qué placer respiro
Del fresco mar la perfumada brisa!
Juega en mis labios plácida sonrisa
Cuando sus olas levantarse miro.

¡El mar, el mar! ¡Cuán dulce á mis oídos
Ese bramido furibundo suena!

¡De cuánto gozo mi ánimo se llena
Al escuchar del viento los silbidos!

¡Cómo del agua la color obscura
Herida por el sol, bella se esmalta!
¡Con qué primor sobre su azul resalta
De la flotante espuma la blancura!

¡Cómo las ondas pavorosas ruedan,
Y unas tras otras á estrellarse locas
Con estrépito vienen en las rocas;
Luego tranquilas cual espejo quedan!

¡Cómo las barcas frágiles se mecen
Llevadas por el húmedo elemento!

Hincha sus lonas favorable viento
Y allá en el horizonte desaparecen.

Otras naves con mástiles desnudos,
De humo arrojando nube voladora,
Vuelven al Aquilón su fuerte prora
Y osadas vencen sus empujes rudos.

De mil y mil cañones erizada
Á lo lejos se eleva pintoresca
Del castillo la forma gigantesca
Con su alta torre por el sol dorada.

Siglos y siglos el peñasco fuerte
En que su mole inmensa se reposa
Desafió la tormenta que horrorosa
Esparce en torno pródiga la muerte.

¡Ay! yo también á desafiar en breve
El tempestoso mar voy arrogante;
Mas ¿qué es mi barca á su furor delante?
¿Quién con las ondas á luchar se atreve?

Tan sólo tú, Señor, que en Tiberíades
Aplacaste las olas y los vientos,
Puedes domar los fuertes elementos
Y sosegar las bravas tempestades.

Escucha tú mi súplica ferviente;
Ve mi esperanza firme y mi fe viva:
Manda que el mar tranquilo me reciba
Y me lleven sus olas blandamente.

¡Estrella del Océano, que guías
En la borrasca al infeliz marino!
Resplandeciente alúmbrame el camino:
De las borrascas sálvame bravías.

Haz que en el Vaticano Santuario
Presto te eleve mi oración ardiente,
Y que se postre mi devota frente
De Cristo ante el Santísimo Vicario.

1859.





AL RÓDANO.

¡Oh Ródano afamado,
Oh caudaloso río,
Más rápido que el viento
Y el huracán temido!
¡Con qué placer tus aguas
Embelesado miro
Regar mil y mil campos
De vides y de olivos!
De fértiles colinas
Ya bañas fugitivo
El pie, que llena Agosto
De pesados racimos,
O ya la orilla lames
De llanos infinitos
Do brota el rico grano
Del Indostán traído.
Tal vez en tu ribera,
De algún feudal castillo
Descúbrese entre musgos
El torreón sombrío;

Ó tal vez, en dos brazos
 Tu cauce dividido,
 Algún ameno islote
 Se mira de improviso.
 ¡Cuán bellos son tus campos
 En el Abril florido!
 Tus márgenes feraces
 ¡Cuánto en otoño admiro!
 El zagal abrasado,
 ¡Con cuánto regocijo
 No salta entre tus ondas
 En el ardiente estío;
 Ó de la luna triste
 Bajo el rayo tranquilo
 Sobre ellas se desliza
 En frágil botecillo!
 Pero también ahora,
 Oh Ródano divino,
 También eres hermoso
 En el invierno impío.
 Ya ardiente las entibie
 Del sol el fuego vivo,
 Ó ya sobre ellas floten
 Hielos endurecidos;
 Ya guarden en su curso
 Los límites prescritos,
 Ó inunden los feraces
 Campos circunvecinos,
 Tus ondas siempre ofrecen
 El plácido atractivo

Que pródiga Natura
 Te dió desde el principio:
 Y al paso que deleitan
 Con su correr continuo
 Los ojos del viajero
 Que admírate embebido,
 Excitan en el alma
 Recuerdos los más vivos
 De edades muy remotas,
 De tiempos muy antiguos;
 Allá cuando sentiste
 Peso desconocido
 Y cubrieron tus aguas
 Mil áticos navíos;
 Y viste en un momento
 En tu margen florido
 Alzarse mil ciudades
 Y teatros y circos.
 De Rómulo llegaron
 Después los bravos hijos,
 Y en tu orilla erigieron
 Muros y templos ricos.
 Cuando la vista absorto
 En tu corriente fijo,
 De Aníbal la bravura
 Me pasma; y me imagino
 Que veo al renombrado
 Cartaginés invicto
 Cruzarte con su inmenso
 Ejército aguerrido.

Sus púnicos infantes
 Paréceme que miro;
 Sus bárbaros jinetes,
 Sus elefantes indios.
 ¡Ay! ¡Quién escenas tantas
 Como tú hubiera vistol
 ¡Quién, los hechos gloriosos
 De que has sido testigo!
 De férvidos cristianos
 Los hórridos martirios,
 Y de ínclitas ciudades
 Los inmortales sitios;
 De ejércitos valientes
 Combates infinitos
 De que sólo la fama
 Llegó á nuestros oídos,
 Todo lo presenciaste,
 Afortunado río:
 Felicidad tamaña
 ¡Cuánto, cuánto te envidio!
 De cadáveres nobles
 También te viste henchido,
 Que arrojara á tus ondas
 Escandaloso siglo;
 Y viste á tus peces
 Ávidos engullirlos,
 En veneno trocando
 Su cuerpo apetecido.
 En estos gloriosos
 Pensamientos me abismo;

Y ni temo las nieves,
 Ni siento el crudo frío:
 Mas mientras en la remota
 Antigüedad medito,
 Recuerdo involuntario
 Oprime el pecho mío.
 Recuérdanme esas nieves
 Las que en los altos riscos
 De mi adorada patria
 Cubren rocas y pinos;
 Las que coronan bellas
 Al Orizaba altivo,
 Cuya sublime cumbre
 Alcanza al cielo mismo;
 A esa montaña excelsa
 Que, el faro ya perdido
 Que á Veracruz alumbra
 Desde el fuerte castillo,
 Su frente gigantesca
 Mostraba y albo *Pico*
 Al alejarme triste
 De mi suelo natío.

1859.





IMITACIÓN DE HORACIO.

Otros celebren
A Roma santa;
A augusta Londres;
A insigne Mantua;
A la opulenta
Perla de Francia,
O á la señora
Que, rodeada
De las azules
Ondas del Adria,
Se dice hermosa
Reina de Italia.

Vense poetas
Que siempre cantan
Las hermosuras
De su Granada,
Con su soberbia,
Sin par Alhambra,
Y aquella amena

Vega encantada
Que mil preciosas
Flores esmaltan.

Mas ni Florencia
Tanto me agrada
Sobre sus verdes
Campos sentada,
Que el Arno manso
Tranquilo baña,
Con mil jardines
Engalanada,
Y con marmóreas
Ricas estatuas
Que se contemplan
En cada alcázar;
Ni las famosas
Suizas montañas
Que hasta las nubes
Sus cumbres alzan,
Cubiertas siempre
De nieves blancas,
Mientras azotan
Sus verdes faldas
De lagos puros
Las ondas claras;
Como los montes
Que de mi patria
El suelo cubren
Con oro y plata

Que arrojan todos
De sus entrañas.

Mi humilde suerte
Yo no trocara
Con la opulencia
De cien monarcas,
Cuando me encuentro
Junto á la clara
Fresca laguna
Que con sus aguas
Mi sed primera
Dulce apagara:
Hermoso es verlas
Cuando retratan
A la apacible
Luna argentada,
Que temblorosa
Su luz derrama
Sobre las quintas
Y las cabañas,
Que graciosas
En torno se alzan.
Mas cuando dora
Risueña el alba
Los arroyuelos,
Que entre escarpadas
Peñas y riscos
Veloces bajan
Sus puras linfas

A regalarla,
 No hay en la tierra
 Región humana
 A que pudiera
 Ser comparada:
 Tívoli misma
 Con sus cascadas,
 En atractivos
 No la igualara.

Venid, amigos,
 A mi morada:
 Humilde mesa
 Ya nos aguarda;
 Y aunque sin ricas
 Suntuosas viandas,
 Veréis los vinos
 En abundancia;
 Y entre las flores
 Y ricas dalias,
 Llena la copa
 De buen champaña,
 Queden las penas
 Allí olvidadas,
 Y los dolores
 Del pecho salgan:
 Risa tan sólo,
 Placer y holganza
 Hallarse deben
 Donde sus gracias

Naturaleza
 Prodiga ufana,
 Y á manos llenas
 Siempre derrama
 Tanta hermosura,
 Belleza tanta.

1858.





LA VIOLETA DEL TAMESÍ.

Violeta pálida
Que airosa brillas
En las orillas
Del Pó y Genil,
¿Por qué raquítica
Tu faz doblegas
Acá en las vegas
Del Tamesí?

¿Por qué tus pétalos
Abres gigante
Cabe el distante
Guadalquivir,
Y pequeñísima
Tu azul corola
Muestras, oh viola
Del Tamesí?

¡Qué! ¿De los trópicos
El sol fulgente
Asaz caliente
No es para ti?

¿Riego benéfico
No te depara
El agua clara
Del Tamesí?

De lirio cándido
Corona hermosa,
De blanca rosa
Y albo jazmín
Formaba espléndida
Gallarda ninfa
Junto á la linfa
Del Tamesí,

Y á la aromática
Guirnalda en vano
Quiso la mano
Diestra y gentil
Con lazo sérico
Dejar sujetas
Unas violetas
Del Tamesí.

Huyendo tímidas
Del tierno dedo;
Borrando el miedo
Su azul matiz,
Cayeron lánguidas
Todas marchitas
Las violetitas
Del Tamesí.

Antes que rápida
Las sumergiera
Corriente fiera,
Las recogí;
Y entre las páginas
De libro de oro
Puse el tesoro
Del Tamesí.

Secos los cálices,
Ya sin olores,
Miré, las flores
Al oprimir;
Y contemplándote
Tan diminuta,
Oh viola enjuta
Del Tamesí:

Violeta pálida,
(Dije) que brillas
En las orillas
Del Pó y Genil,
¿Porqué raquítica
Tu faz doblegas
Acá en las vegas
Del Tamesí?

¡Ah! Compadézcote;
Violeta mía,
Que todavía
No llega Abril.

Aun sopla el Ábrego,
Y prematura
Ya tu hermosura
Ve el Tamesí.

No gozas, mísera,
Vida completa,
Y ya, violeta,
Ser del pensil
Reina magnífica
Quieres ansiosa;
Quieres ser diosa
Del Tamesí.

¡Oh flor simpática!
Paciente espera
Que primavera
Torne feliz;
Y á amantes céfiros
Nunca respondas
Sin que las ondas
Del Tamesí

Temple vivífico
Calor süave;
Mientras el ave
No cante aquí.
Entonce admírente
Más exquisita,
¡Oh violetita
Del Tamesí!

Mientras mortífero
Reine el invierno,
Guarda tu tierno
Tallo sutil;
Tu vida plácida
Cuida y conserva
Entre la hierba
Del Tamesí.

Y cuando fúlgido
Despunte el rayo
Del sol de Mayo,
Tórnate á abrir.
Entonces júrote,
Violeta hermosa,
Serás la diosa
Del Tamesí.

1874.





Á LA MISMA
QUINCE AÑOS DESPUÉS.

SONETO.

¡Gloria del litoral, esbelta viola!
Del Tamesí lejano en las riberas,
Antes que tus prudentes compañeras
Te vi brotar entre la hierba sola.

Y cierra (te grité) tu azul corola:
Que nos visite Abril ¿por qué no esperas?
Aguarda hasta que adornen las praderas
La azucena gentil y la amapola.

Hora, que, transplantada á estas montañas,
Lejos floreces del nativo río,
Y otro jardín con tu perfume bañas,

A Himeneo rindiendo tu albedrío,
Ostenta en tierras propias y en extrañas
Tu abierto cáliz y gallardo brío.





Á ESTACIO

AL LEER SU «PSITTACUS MELIORIS».

JUGUETE ANACREÓNTICO.

Cantó el divino Homero
La cólera de Aquiles;
De Eneas las hazañas
El Mantüano Cisne:

Los Olímpicos juegos
A Píndaro sublime,
Y á Ovidio sus amores
Dieron renombre insigne:

Y tú, sin par Estacio,
Más que todos felice,
Famoso eternamente
Tu claro nombre hiciste,

Del papagayo hermoso
Que alegró los convites

De Melior, cantando
La pérdida sensible.

¿Qué valen, comparadas
Con esos versos tristes,
Las fieras descripciones
De batallas horribles?

¿Qué los ruidosos cantos
De bailes y festines,
Y las amargas quejas
De amantes infelices?

Las antiguas coronas
Con que su frente ciñen,
Depongan los cantores
De Eneas y de Ulises.

Orna tu sien con ellas;
Tú, que cantaste triste
De un verde papagayo
La pérdida sensible.

1859.



SANTA CATALINA DE SENA.

Traducción del latín de Carlos de Aquino.

PALINODIA Á LA ODA XV DE ANACREONTE.

¿Por qué, virgen etrusca,
Con esquivéz repeles
Las flores recogidas
En el jardín celeste?
¿Por qué áspera corona
De espinas, di, prefieres
Para adornar con ellas
Tus virginales sienes?
Mas ella: «Te equivocas
(Responde dulcemente);
Esa áspera guirnalda
De espinas, que aborreces,
Compónese á mis ojos
De rosas y claveles;
Y esotra primorosa
De flores que me ofreces,
Tejida está á mi vista
De cardos solamente.»

1858.